

IAN GIBSON
UN CARMEN EN GRANADA
Memorias de un hispanista dublinés

1.^a edición: marzo de 2023

© Ian Gibson Ritchie, 2023

Autor representado por Silvia Bastos, SL Agencia Literaria

© de las fotografías: archivo personal del autor

El Premio Comillas ha sido patrocinado por el Fondo Antonio López
Lamadrid constituido en la Fundación José Manuel Lara

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-248-9
Depósito legal: B. 1.734-2023
Fotocomposición: David Pablo
Impresión y encuadernación: CPI Black Print Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

Nuestro carmen de Santa Ana	13
Primera parte: Dublín y el trasfondo familiar (1939-1950)	17
Segunda parte: Mi internado cuáquero (1950-1956) ..	109
Tercera parte: Del Trinity a Belfast (1956-1964).....	175
Cuarta parte: Granada y Lorca: el año milagroso (1965-1966)	219
Quinta parte: Belfast, huida a Londres... y a Europa (1966-1975)	271
Después	305
Agradecimientos	327
<i>[Fotografías]</i>	<i>[191-192]</i>

Primera parte
Dublín y el trasfondo familiar
(1939-1950)



El autor en la playa de Greystones, a los cinco años de edad, aproximadamente.

Vine al mundo en Dublín, el 21 de abril de 1939. Por lo menos es lo que asegura mi certificado de nacimiento. Dieciocho años antes se había firmado el Tratado Anglo-Irlandés, que, tras la sublevación de 1916 contra la secular ocupación británica, dividió brutalmente la isla al crear una frontera entre los veintiséis condados del nuevo Irish Free State (Estado Libre Irlandés, luego República de Irlanda), de arrolladora mayoría católica, y los seis del Úlster, es decir, Irlanda del Norte. Estos eran, de modo predominante y de manera virulenta, de confesión protestante debido a la repoblación llevada a cabo por los ingleses durante el siglo xvii, cuando los indígenas de la región fueron expulsados sin piedad al oeste de la isla.

Repoblación que, si se quiere una comparación con España, hace pensar en la de Granada, último bastión «moro» de la península, a raíz de su caída en manos de los Reyes Católicos en 1492.

Uno de los resultados del Tratado Anglo-Irlandés fue una inmediata, breve y sangrienta guerra civil entre quienes aceptaban el nuevo *statu quo* y quienes no. La ganaron los primeros. Otro, los brutales atentados del IRA (Ejército Republicano Irlandés), encaminados a conseguir la reunificación del país, ya del todo libre de Londres. Más recientemente, con el fatuo Brexit de los británicos, la situación se ha complicado otra vez en Irlanda, y las demandas republicanas han vuelto a replantearse.

A propósito de los británicos, a mí me enfurece que en España a veces se me siga tildando de inglés. Jamás lo he sido, jamás lo he querido ser y jamás lo seré. Tengo desde 1984 la nacionalidad española, pero eso no quiere decir que haya renunciado a ser dublinés. Por otro lado, me siento medularmente europeo y desconfío de los nacionalismos.

De la lucha de los irlandeses por liberarse de la garra de los británicos me fui enterando poco a poco durante mi infancia, pues a mi padre le gustaba narrar episodios de aquel conflicto que él presenció en su juventud, o de los cuales le habían hablado. Entre ellos unas tropelías cometidas por los efectivos de la Real Policía Irlandesa conocidos como los Black and Tans (negros y caquis) por los colores de sus uniformes.

Me apresuro a explicar que no nací en el seno de una familia católica, que habría sido lo normal y corriente en Dublín, sino protestante. Y, para mi desgracia, en el de la secta denominada «metodismo», la cual, según la edición del diccionario de la Real Academia que tengo a mano, «preconiza una gran rigidez de principios». La definición acierta en lo tocante a la rigidez, ya lo creo, pues el «método» de los metodistas consistía en cumplir «rígidamente» con las que consideraban sus obligaciones cristianas. A rajatabla. El movimiento había nacido en Inglaterra a principios del siglo XVIII, dirigido por unos hermanos de apellido Wesley. Era una reacción contra lo que ellos reputaban de graves abusos de la Iglesia anglicana, que, bajo el famoso rey Enrique VIII, había roto con Roma en 1534 y se preciaba de ser heredera tan legítima como ella del cristianismo histórico, sucesión apostólica incluida.

Los protestantes anglicanos del Estado Libre Irlandés constituían una minoría muy reducida de la población total del país, quizás un siete por ciento. Reducida, pero, eso sí, de mucho peso. En Dublín, que había sido la segunda ciudad del Reino Unido en el siglo XVIII, tenían dos catedrales (los católicos ninguna), y una de las universidades más prestigiosas del mundo, el Trinity College, fundado por la reina Isabel I en 1592. Situado en el corazón mismo de la capital, y con

una extensión de unos 190.000 metros cuadrados, el Trinity consta de edificios majestuosos, grandes patios, jardines e incluso campos de deportes.

En cuanto a los metodistas, si bien pululaban en Irlanda del Norte, constituían entonces en el resto de la isla quizás solo el 0,9 por ciento de sus habitantes. Éramos un islote protestante ínfimo dentro de lo que ya era una minoría protestante muy pequeña, rodeados de una población abrumadoramente católica. Yo me sentía desde niño casi tan diferente de los anglicanos como de los católicos, y apenas sabía dónde agarrarme.

Esto para empezar.

Mi abuelo paterno, Adam Henry Gibson, había nacido en Liverpool en 1867, hijo, según parece, de un policía. No sé por qué motivo se trasladó, siendo todavía joven, a Dublín, donde comenzó a trabajar para la casa matriz de la inmensa fábrica de cerveza Guinness, situada en la ribera derecha del río Liffey, no lejos del centro de la ciudad. Un día el hombre, que supongo ya metodista a su llegada, recibió algo así como una admonición personal de Dios. ¿Qué hacía contribuyendo a la producción de una bebida alcohólica capaz de enviar a la perdición a tantas personas y a sus familias? No podía ser. Quizás también por intervención divina conoció entonces a la hija de un empresario de apellido Bailey, dueño de una imprenta. Comprometerse con ella y entrar en el negocio fue todo uno, para echar mano de una fórmula cara a Cervantes.

Mis abuelos paternos tuvieron siete hijos, de los cuales mi padre, Cecil Walter, nacido en 1905, fue el quinto.

Solo recuerdo haber visto a Adam Henry una vez, a mis cuatro años (cuando él acababa de enviudar). Hacía un día de sol y celebrábamos una reunión familiar en el jardín de su casa. Surge ante mí un anciano alto y delgado con el pelo muy blanco, acompañado por su perro, de nombre *Sandy* —me sorprende acordarme de este detalle—, el cual, Dios sabe por qué razón, quizás deseando jugar conmigo, me tiró al suelo con sus patas. Me contaron después que el can, al

cual jamás se le había permitido subir a la primera planta del domicilio, donde estaban los dormitorios, se sentó ululando ante la puerta del de mi abuelo cuando este falleció, en 1943, y que murió él mismo, inconsolable, casi enseguida.

Tengo delante la fotocopia de una nota necrológica dedicada al abuelo. Se publicó en una pequeña revista metodista local, y su autor era un conocido pastor de la secta. Dice que a Adam Henry se le respetaba mucho en el mundo empresarial de Dublín, y que, en cuanto a sus creencias cristianas, siempre había tenido un comportamiento admirable, ayudando de forma ejemplar al prójimo. Amén de miembro destacado del templo que frecuentaba, Charleston Road Methodist Church, era un predicador oficioso muy solicitado. El mismo pastor, en una homilía pronunciada en el cementerio, aseguró a los asistentes que, cuando Dios alertó a su fiel servidor de que había llegado el momento del último trance, aceptó complacido. Claro, difícilmente habría podido ser de otra manera. ¿Iba a protestar ante la decisión del Todopoderoso, como buen creyente que era?

Desaparecido mi abuelo, la imprenta, de la cual ya se había separado la familia Bailey, pasó a ser propiedad de mi padre y de su hermano menor, Sydney, dos años más joven. El local se situaba en Dolphin's Barn, un barrio algo alejado del centro urbano. Dublín era entonces muy pequeño, con menos de un millón de habitantes, aproximadamente el tamaño de Madrid antes de la Guerra Civil.

En 1931 mi padre se había casado con la joven Gladys Isabelle Ritchie. Ella tenía entre sus antepasados a un tal Andreas Schwesinger, oriundo de Lüneburg, en Alemania, a quien el rey Federico de Prusia había otorgado el título de Von Cronhelm por no se sabe qué servicios. La familia se había multiplicado como los panes y los peces, y algunos de sus miembros llegaron a Inglaterra y, luego, a Irlanda. En 1905 mi abuela materna, Isabelle Cronhelm, se casó con un hombre llamado William Ritchie y, habiendo dado a luz a mi madre al año siguiente, murió de neumonía en 1907. Su viudo se escapó entonces a Canadá y nunca más se supo de él.

Dejó a mi madre en manos de una de las hermanas de su difunta esposa. Se llamaba Marion, como la novia de Robin Hood, y era soltera. Me llevaron a verla poco antes de su muerte en 1946, cuando yo tenía siete años. Me chocó profundamente su aspecto demacrado. Estaba en la cama, incorporada contra unas almohadas, con facciones de una amarillez que me horrorizó. Supongo que se trataba de un cáncer. Me habló con amabilidad. Su voz era dulce y educada.

Mi madre no ocultaba el odio que le inspiraba una hermana de Marion, de nombre Dorothy, a quien no recuerdo haber visto nunca. ¿Qué había hecho, o dejado de hacer, para merecer tal bilis? No lo supe jamás. O si lo supe, ya no tengo idea. A diferencia de mi padre, que no solía hablar mal de nadie, y mucho menos con odio, mi madre tenía una veta terriblemente amarga, resentida, que me producía angustia cada vez que afloraba.

El marido de Dorothy había sido encerrado en un manicomio en 1935. Se decía en la familia que perdió sus cabales al descubrir que había dejado atrás en un tren el álbum, nunca recuperado, que contenía su valiosa colección de sellos postales.

Dorothy Cronhelm emigró a Nueva Zelanda al poco tiempo de morir Marion, abandonando a su desafortunado marido a su suerte. Uno de sus hijos vivió con nosotros antes de reunirse con ella. Me caía muy bien. Trabajaba en el Banco de Irlanda, frente al Trinity College, y a veces me traía *farthings* —entonces la unidad monetaria más pequeña de la libra esterlina— recién salidos, relucientes, de la ceca. Solían llevar la imagen de un conejo o de un martín pescador, uno de mis pájaros favoritos, que observaba en mis andanzas por la cercana ribera del humilde río Dodder, afluente del Liffey. Gracias a mi padre, amante de la naturaleza, yo ya iba camino de ser un apasionado ornitólogo vitalicio.

Mi madre, que había recibido muy poca formación escolar, trabajó, antes de casarse, como mecanógrafa. A menudo recordaba con nostalgia aquellos años, y nos hablaba, sobre

todo, del grupo de amigas con quienes se reunía cada sábado por la mañana en la cafetería más afamada de la ciudad, Bewley's, en Grafton Street, que todavía existe. Allí solían espiar a una pareja de amantes muy célebres, el dramaturgo Denis Johnston y la actriz Shelah Richards. Para mi madre, Johnston, a diferencia de mi padre, de baja estatura, era el hombre soñado: alto, guapo, carismático.

Mis padres habían establecido su hogar en el barrio sólidamente burgués de Rathmines. Era una amplia casa semiadossada situada en el número 32 de un callejón sin salida en forma de ele, Saint Kevin's Park (dicho santo, muy popular en Irlanda, había fundado, en el siglo vi, un monasterio en las montañas del condado de Wicklow, no lejos de Dublín).

El primogénito del matrimonio, mi hermano Alan, nacido en diciembre de 1933, fue durante seis años el rey del domicilio, es decir, hasta mi alumbramiento. Muchas veces me he preguntado por la razón, o razones, que pudieran explicar la distancia temporal tan larga que nos separaba. Nunca sería capaz de preguntárselo a mi madre, y mucho menos a mi padre. En mayo de 1941, cuando yo acababa de cumplir dos años, llegó mi hermana Janet. Luego, en 1945, Heather. No hubo más prole.

La casa, como he dicho, era amplia. Tenía, arriba, seis dormitorios. Abajo, el comedor, dos salones, la cocina y otras dependencias domésticas. Había un pequeño jardín delantero y otro, más grande, detrás, con césped y huertecillo donde mi padre cultivaba patatas, legumbres y frutas.

Al fondo, un sólido muro de piedra que corría a lo largo de la calle nos separaba de una enorme finca, rodeada de castaños y otros árboles, conocida entre nosotros como Helly's. Suponíamos que pertenecía a los dueños del celeberrimo almacén dublinés del mismo nombre. Estaba proscrita para nosotros, *out of bounds*, pero eso no nos impedía a los niños

saltar una y otra vez el muro e internarnos en las inmediaciones. Nunca nos atrevimos a penetrar más lejos porque había guardas que, no lo dudábamos, podían llevarnos ante la policía. Este primer contacto con la prohibición de entrar en una propiedad privada iba a ser de fundamental importancia en mi vida. Desde mis más tiernos años el miedo a las autoridades, a los mayores, a ser cogido *in fraganti*, a ser encarcelado, fue visceral.

En medio de la finca se levantaba una mansión, casi se podría decir palacete, que me parecía maravillosa, aunque nunca puse los pies en ella. Cada verano sus propietarios organizaban una fiesta, en inglés *garden party*, de la cual conseguíamos atisbos al escondernos, sorteado el muro, entre el denso follaje de los arbustos. Iban y venían por el césped elegantes mujeres vestidas con ligeros trajes de muselina, a veces con un hombre del brazo. En ocasiones captábamos trozos de sus animadas conversaciones. Años después, cuando contemplé en la Wallace Collection de Londres los cuadros de las *fêtes galantes* de Watteau, con sus hermosísimas damas de nuca incitantes, recordé aquellas tardes estivales de Hely's. Aquel mundo no tenía nada que ver con el nuestro, tan austero, de vida social reducidísima.

La finca cedió el testigo hace décadas a un hospital para el tratamiento del cáncer. Ya no existe el campo de hierba alta donde cada primavera anidaba uno de los pájaros más misteriosos de mi infancia. Pájaro huraño que nunca logré ver pero cuya presencia era delatada por su canto singular y estridente, indicado tanto por su nombre inglés, *corncrake* (chirrido entre el trigo), cuanto —después lo sabría— por su designación científica latina, *Crex crex*, y conocido en castellano como guion de codornices. También había, entre la frondosidad de los árboles, palomas torcaces, cuyo «cu-cu» arrullador se mezcla en mi recuerdo con el monótono zumbido de la máquina que cortaba con regularidad el césped de aquel paraíso prohibido. Sonidos mágicos de mi infancia, que conservo intactos en lo más íntimo de mi persona.

Mi hermana Janet padeció una enfermedad grave al poco tiempo de nacer, creo que tuberculoide, y, toda vez que era necesario que mi madre estuviera siempre a su lado, mis padres contrataron a una criada para ocuparse de mí. Se llamaba Kathleen Byrne. La instalaron en una pequeña habitación que daba al jardín trasero, y se quedó con nosotros, según los cálculos posteriores de mi madre, hasta septiembre de 1942, cuando yo tenía tres años y medio. Pero ¿es posible que mi adorada tata solo estuviera conmigo durante poco más de un año? Me cuesta trabajo creerlo, dada la intensidad de mi amor por ella. Pero al parecer fue así.

Kathleen era dueña de una personalidad rumbosa, con un acento muy irlandés que estoy oyendo mientras escribo. Nos llevábamos estupendamente. Cuando salía con ella, los dos cogidos de la mano, no cabía en mí de gozo y de orgullo, y hablábamos sin tregua. Parece ser que yo tenía entonces una risa muy contagiosa, y que, cuando íbamos en el tranvía, mis salidas y comentarios provocaban un carcajeo general entre los demás pasajeros.

A Kathleen le encantaba mi pelo tupido, rizado, rebelde y castaño, y lo dejaba crecer, a juicio de mi padre, en exceso. Una noche, cuando ella libraba, entró él con sigilo en mi dormitorio con unas tijeras y, sin despertarme, me segó brutalmente aquellos bucles. No recuerdo el ultraje, pero según mi madre, que años después me contó lo ocurrido, Kathleen se puso que se subía por las paredes cuando descubrió, a la mañana siguiente, la barbaridad perpetrada por mi padre, y le recriminó con tanta dureza que casi fue despedida.

Conservo una pequeña fotografía, fechada a lápiz, en el dorso, «1941», que sirve de portada a este libro. Mi primo Nigel White (once años), mi hermano Alan (ocho) y yo (dos) estamos de pie, en orden descendiente de altura, sobre una

mesa colocada a propósito en nuestro jardín trasero. Nigel es guapo, con el pelo negro, liso; Alan, también apuesto, lo tiene asimismo liso, pero rubio. Yo estoy sonriendo, en el tercer puesto, muy satisfecho de mí mismo. Y, eso sí, con una cabellera digna de provocar la rabia de mi padre. Detrás, en la ventana de la habitación de Kathleen, hay una mujer mirando la escena. ¿Es ella? Quiero pensar que sí, pero es imposible estar seguro porque está envuelta en sombras.

Guardo otra instantánea, tomada, creo, el mismo verano. Al fondo del jardín mi padre había construido un pequeño arenal que llamábamos el *sandpit*: algo así como una playa artificial en miniatura donde, imaginándonos al lado del mar, jugábamos y hacíamos castillos. En la foto estoy sentado a lomos de un oso polar de lana. Otra vez mi expresión es de intensa felicidad.

Pero pronto todo iba a cambiar cuando, de repente, Kathleen nos abandonó y se fue a Londres a cuidar a la vieja heredera rica de una famosa empresa de galletas. ¿Había habido otro enfrentamiento con mi padre, o quizás alguno con mi madre? Nunca lo supe. ¿Cabe imaginar, me pregunto ahora, que se fuera sin decirme nada, sin explicarme la razón de su partida, sin darme un último abrazo, una última caricia, un último beso? Parece imposible pero acaso fue así. ¿Tal vez consideró que la separación resultaría demasiado dolorosa para ambos, que la escena sería atroz, sabiendo cuánto la quería yo, cuánto la necesitaba, cuánto me regocijaba su compañía? Mi madre me dijo después que, al darme plena cuenta de que Kathleen se había ido para siempre, estuve inconsolable. Las resonancias dentro de mí al escribir esto me convencen de que no se equivocaba.

Mientras aprendía a leer, uno de los cuentos ilustrados que más me atrajeron fue «Blancanieves y los siete enanitos». Empatiqué especialmente con Bashful, que en inglés significa «pu-

doroso», y recuerdo cómo el hombrecito lloraba y lloraba mirando las gotas de lluvia deslizarse por la ventana mientras, detrás, sobre una mesa, aparentemente muerta, yacía la joven. Se me ocurre ahora que tal vez me conmovían tanto aquellas páginas porque me recordaban a mi desaparecida Kathleen.

Aquella relación tan brutalmente truncada, estoy seguro de ello, contribuyó a prepararme como futuro biógrafo. Creo, sobre todo, que sin la traumática desaparición de Kathleen no habría sentido la necesidad de penetrar en algunos de los resquicios más íntimos de la etapa «simbolista» de Antonio Machado, cuando aparece en sus versos una «compañera» perdida para siempre en la infancia:

Es una tarde cenicienta y mustia,
destartalada, como el alma mía;
y es esta vieja angustia
que habita mi usual hipocondría.

La causa de esta angustia no consigo
ni vagamente comprender siquiera;
pero recuerdo y, recordando, digo:
—Sí, yo era niño, y tú, mi compañera.

En otro poema del mismo ciclo leemos:

Desde el umbral de un sueño me llamaron...
Era la buena voz, la voz querida.

—Dime: ¿vendrás conmigo a ver el alma?...
Llegó a mi corazón una caricia.

—Contigo siempre... Y avancé en mi sueño
por una larga, escueta galería,
sintiendo el roce de la veste pura
y el palpar suave de la mano amiga.

Por algo Machado puso el título de *Soledades* a su primer librito de versos. Mi teoría es que, ocupada como estaba siempre su madre con la llegada de un nuevo vástago, cuidaba del pequeño Antonio una muchacha que luego desapareció de repente, como mi Kathleen, dejándolo con la mortífera convicción de haber sido abandonado para siempre. Quizás, por ello, la joven soriana Leonor, con quien se casaría, y a quien tan pronto perdería, tenía algo de reencarnación de aquella criada tan profundamente querida en la infancia.

Sí, William Wordsworth tenía razón: el niño es padre del hombre. Freud y el psicoanálisis lo confirmarían. Hoy sabemos que un niño de cuatro años puede estar locamente enamorado de una persona mayor. Y que, si esta desaparece de su vida sin aviso previo, sin explicación, para no retornar nunca, es capaz no solo de querer fallecer sino de intentar suicidarse.

Cuando pongo en YouTube, una vez más, obsesivamente, el vídeo de *Yesterday I Heard the Rain*, del maestro Armando Manzanero, interpretada en dúo genial por Tony Bennett y Alejandro Sanz, creo entender las raíces no solo de la vida sentimental de Antonio Machado, sino de la mía. Ya sabíamos lo hermosa que es la voz del elegante *crooner*, pero cuando Sanz arranca en español, a su lado, es el *summum*:

Esta tarde vi llover,
vi a gente correr,
¡y no estabas tú!

El otoño vi llegar,
el mar oí cantar,
¡y no estabas tú!...

¡Y no estabas tú! Es para morirse.

A Kathleen la sustituyó otra criada, Winnie Curran, con el objeto principal de que se hiciera cargo de mi segunda hermana, Heather, nacida, como dije, en 1945, cuando yo tenía seis años. Ocupó la misma pequeña habitación de mi tan añorada Kathleen.

Winnie no se le parecía en nada. Católica ferviente, siempre rezando el rosario y santiguándose —prácticas que detestábamos los metodistas—, tendría unos treinta años, creo, cuando entró a nuestro servicio. Le faltaba totalmente la alegría e *insouciance* de su antecesora, y vestía con suma sobriedad. Era, en el fondo, una monja frustrada.

Puesto que en Dublín apenas había protestantes pobres, o venidos a menos, era inconcebible una criada que no fuera católica, y había que concederle ciertos derechos a la hora de decorar su habitación. Lo primero que hizo Winnie fue colgar en una de las paredes de su cubículo, se podría decir que casi de manera retadora, una estampa del Sagrado Corazón de Jesús a todo color. Aquella imagen me asqueaba y fascinaba a la vez. El pecho abierto del Salvador revelaba, rosa subido y con una cruz encima, el órgano vital objeto del retrato, del cual salían para mayor énfasis llamas. No se podría concebir nada tan opuesto a la mentalidad metodista.

Cuando más adelante leí por vez primera *Dublineses*, de James Joyce, me divertí tropezar, en el relato titulado «A mayor gracia de Dios», con Mrs. Kernan, que me recordó enseguida a Winnie: «Creía firmemente en el Sagrado Corazón como la más generalmente beneficiosa de todas las devociones católicas». También me regocijó, en *Stephen Hero*, prototipo del *Retrato del artista adolescente*, un comentario al respecto del protagonista: «Jesús, además, exponía su corazón, en la chabacana estampa, de manera demasiado obvia».

Ahora sé que el culto al Sagrado Corazón empezó con la visión de una monja francesa, beatificada en 1864, de apellido Alacoque. Joyce, siempre atento a la posibilidad de un juego de palabras, hace que, en *Ulises*, Buck Mulligan la llame «Margaret Mary Any Cock», o sea, «Cualquier Polla».

Otra concesión de mis padres: Winnie recibía, todas las mañanas, un ejemplar del diario católico y nacionalista *The Irish Press*, que nosotros no nos dignábamos mirar casi nunca. El nuestro, *The Irish Times*, era el de la minoría protestante y liberal, y la jerarquía católica, entonces ultraconservadora, lo consideraba altamente peligroso. Me imagino que las religiosas amigas de Winnie, y tal vez su confesor, le habrían advertido de que no lo leyera jamás.

Winnie Curran era una buena persona, pero yo me preguntaba por qué necesitábamos tenerla viviendo con nosotros. No lo entendía. ¿No podía mi madre ocuparse de mi hermanita Heather sin ayuda de nadie y, al mismo tiempo, atender a la casa? ¿O, como solución de compromiso, contratar los servicios de una criada a tiempo parcial?

Winnie frecuentaba la imponente iglesia de Santa María Inmaculada, Refugio de Pecadores, situada a un par de kilómetros de nosotros en dirección al centro de Dublín. La Madre de Dios le inspiraba casi tanto fervor como el Sagrado Corazón. A nosotros ninguno. Para los metodistas, María no existía ni como divinidad ni como *mediatrix*, pese a haber dado a luz a Jesús. Desconocíamos la belleza de oraciones como: «Dios te salve María, llena eres de gracia; el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres». Y que en una de sus advocaciones, heredada de la diosa egipcia Astarté, y quizás de la misma Venus, era la Estrella del Mar, guía de marineros.

Tampoco creíamos en los santos, en la posibilidad de ser atendidos por aquella «especie de Ministerio de Ruegos y Reclamaciones», como la denomina el narrador de *Los pasos perdidos*, de Alejo Carpentier. Nada, pues, de «san Antonio bendito, por Dios te pido...», ni de la intervención protectora de santa Bárbara en días de tormentas eléctricas, ni del Ángel de la Guarda ni de la benevolencia de cualquier otro inmortal (tampoco creíamos, apenas hace falta añadirlo, en las indulgencias del Vaticano, para nosotros una abominación, ni en las «infalibles» proclamaciones *ex cathedra* del papa).

Un día Winnie me invitó a acompañarla brevemente a dicha iglesia tras hacer unas compras. Supongo que yo tenía entonces unos seis o siete años. No había puesto nunca los pies en un templo católico. Por regla general los protestantes no lo hacíamos jamás, ellos tampoco en los nuestros (a no ser que se tratara de la muerte de un amigo íntimo, por ejemplo, o una boda). Cuando llegamos a la entrada del edificio casi me morí de terror, pues a Winnie se le ocurrió de repente, ¿o fue premeditado?, salpicarme la frente con agua bendita de la pila que allí había. Creí de verdad que iba a fallecer en el acto. Me habían hablado del agua bendita. Era como el Sagrado Corazón, algo del Diablo. Pero no sucedió nada y penetré en el recinto con Winnie. Muy oscuro, estaba impregnado de un olor acre que desconocía. «Es incienso», me explicó. Había numerosas imágenes de santos, de la Virgen, de Cristo. Iba creciendo mi pánico. ¿Qué pasaría si alguien se daba cuenta de que entre ellos había un niño protestante? ¿O quizás me protegería el agua bendita? Sentado al lado de Winnie esperaba lo peor, mientras ella, de rodillas, murmuraba una oración. Supongo que el calvario no duró más de diez minutos. Cuando salimos al aire libre de la calle sentí un alivio como no había conocido en mi vida.

Cuarenta años después, durante una breve estancia en la ciudad, me encontré una tarde en las cercanías de Santa María Inmaculada y decidí, siguiendo un impulso irrefrenable, visitarla por primera vez desde aquel incidente de mi infancia. A medida que me aproximaba a la iglesia me llamó fuertemente la atención la inmensidad de su fachada clásica, con sus cuatro columnas altísimas coronadas por capiteles corintios, y un arquitrabe con una inscripción en letras de oro que copié en mi libreta de apuntes: SUB. INVOC. MARIAE IMMACULATAE. REFUGII. PECCATORUM. Más arriba había una estatua de la Virgen con el Niño Jesús, acompañada de dos santos y, detrás, la masiva cúpula verde del templo, una de las señas de identidad más llamativas de esta zona de Dublín.

No encontré la pila que tanto susto me había provocado. El interior no resultaba sombrío, como lo recordaba; al contrario, era íntimo, un remanso de paz. Me produjo una enorme satisfacción comprobar, casi en un instante, que una de las experiencias más terroríficas de mi infancia estaba ya superada.

Cubrios ese seno que no podría ver;
Objetos como esos hieren a las almas
Y suscitan pensamientos culpables;

MOLIÈRE, *El Tartufo* (1664)

Sin tetas no hay paraíso.

(Título de serie televisiva española, 2008)

Mi relación con mi madre se volvió tormentosa a raíz del nacimiento de mi hermana Heather en 1945. La autora de mis días tenía entonces treinta y nueve años, no era ninguna jovencita, y yo acababa de alcanzar los seis. ¿Dónde habían encontrado a la pequeña criatura nueva? Nadie me lo explicó. Era un misterio.

Una mañana decidí visitarla en su cuna. Al abrir la puerta del dormitorio me quedé aturdido. Allí estaba mi madre, sentada en una silla, con su blusa abierta y exhibiendo una copiosa expansión de carne blanca contra la cual la intrusa tenía pegada la cara. ¿Qué ocurría? No lo pude averiguar porque de repente alguien me agarró por las espaldas y me apartó bruscamente de la puerta, cerrándola detrás. Yo estaba furioso. ¿Por qué no me dejaban ver lo que pasaba en el cuarto? ¿Qué hacía mi madre con mi hermanita? Ser excluido de la escena me

produjo rabia, furia. Tengo la impresión de haber atacado con mis puños a la persona responsable, tal vez Winnie, gritando mientras tanto a voz en cuello.

Pienso ahora que, de haber nacido católico en lugar de metodista, mi irrupción en aquella habitación no habría supuesto un problema tan acuciante. ¡Quizás mi madre incluso me habría invitado a estar a su lado! La Iglesia católica, dada su exaltación de la Virgen, no ha solido oponerse a su representación pictórica dando el pecho al Niño Jesús. En el mundo hay miles de cuadros de *Maria Lactans* en iglesias y pinacotecas, y también, me imagino, reproducciones en hogares católicos. A veces el artista incluye la leche que emana del pezón de la Madre de Dios, siempre infinitamente tierna, como la cosa más natural del mundo. Y en la mayoría de las pinturas se aprecia que el bebé está en el séptimo cielo, de puro gozo. Pero para María no había sitio en el protestantismo y, en consecuencia, faltaba la iconografía de su lactancia. Como la menstruación, se trataba de algo vergonzoso que había que ocultar, silenciar, no mencionar. Prohibido mirar. Prohibido inquirir. De ahí el apartarme de la puerta.

Cuando visité por vez primera España, en 1955, me asombró ver a numerosas mujeres —desde luego no las burguesas— dando el pecho en la calle. Nadie se inmutaba.

El muy ocurrente libro de Ramón Gómez de la Serna, *Senos*, publicado en Madrid en 1917, tiene como portada el dibujo de una hermosa joven desnuda de cuyos pechos brotan, como de una fuente, sendos chorros de leche. Es la demostración contundente de que, en España, este «tema» no ha sido nunca tan tabú como en la horrenda Inglaterra (e Irlanda) del pasado.

En mi familia estaba prohibida no solo cualquier referencia a la lactancia sino la palabra que designa los pechos, *breasts*. En singular sí hacía acto de presencia a veces en nuestros himnos, como equivalente de *corazón*, y en algún otro contexto, por ejemplo, *breast of chicken* (pechuga de pollo). Cuando aparecía me producía ansiedad. Había otro término casi

sinónimo para el conjunto pectoral, *bosom*, menos violento pero también inquietante.

Al evocar aquella escena de mi hermanita mamando vuelvo a sentir rabia y desolación por el puritanismo de la minúscula sociedad en la cual me tocó nacer. No culpo a mis padres: fueron víctimas de un malestar y de una ignorancia generalizados. Pero su profundo desasosiego en relación con el cuerpo y sus funciones envenenó los manantiales de mi vida.

Las deyecciones constituían otro problema. Mi madre las llamaba *mess*, más o menos, «porquería». «¿Has hecho ya *mess*?», me preguntaba. ¿No podría haber utilizado una palabra menos fea, incluso divertida? En cuanto al pene, no tenía nombre alguno, como si no existiera. Descubrí el mío un día en la bañera flotando sobre la superficie del agua y me sorprendió su aspecto: parecía una pequeña ballena rosa que había subido para coger aire. Nunca vi el de mi padre, nunca; ni apenas el de mi hermano. Tampoco las «partes» de mis hermanas.

Nuestro retrete estaba situado en la primera planta de la casa. Mi padre hacía todo lo posible por evitar que nadie le viera frecuentarlo, entrando y saliendo con la máxima rapidez. El temor a dejar atrás un mal olor era casi innato en todos nosotros. Fuera, en la parte trasera del edificio, dando al jardín, había otro baño algo rústico que yo utilizaba de preferencia.

De cuando en cuando me daba por practicar los «*willies*». ¿Inventé yo el término? Supongo que no. Era un ejercicio de retención anal que consistía, para evitar ir corriendo al baño, en golpearme el vientre contra una mesa o silla. Un día, mientras me entregaba a los «*willies*» en el jardín trasero, me di cuenta de que mi madre y mi hermano me miraban, riéndose a mandíbula batiente, tras las grandes ventanas del comedor. Avergonzado y furioso, rompí un cristal de un puñetazo. Pero ¿es posible? De haber sido así, ¿no habría habido sangre y quizás una herida importante? ¿Me lo estoy imaginando todo? Como biógrafo de mí mismo me siento otra vez desasistido, vencido, dudando de mi propia memoria y sin poder

acudir a ninguna verificación objetiva de lo que creo recordar de aquel episodio.

Volviendo a la llegada de mi hermana, decidí que, tras la afrenta sufrida, no había más remedio que eliminar a la criatura. Era ya verano, y cada tarde, si hacía buen tiempo, se colocaba su cochecito en el césped. Mis padres debieron de sospechar el peligro, después del incidente de la lactancia, porque construyeron una barricada improvisada con sillas, tablas, cajas y otros obstáculos para bloquear mi acceso a aquel espacio. Pero yo lo tenía claro, no iban a conseguir que desistiera de mi proyecto asesino. Heather representaba un problema para mí y tenía que desaparecer. Así que, asegurándome de que nadie me espiaba, deshice la barricada pieza por pieza y pronto me encontré dentro del recinto prohibido, a solas con mi víctima. Lo primero que hice fue buscar una pala y abrir una hoya en la tierra blanda del arriate más cercano. Luego estaba el problema de cómo sacar del cochecito a mi hermanita, operación más complicada de lo que había previsto por las correas que la sujetaban. ¿Logré bajarla al césped? ¿La acerqué a la hoya? Solo sé que fui descubierto justo a tiempo antes de que pudiera acabar mi tarea, y que llegó gente corriendo desde la casa.

Pero, otra vez, ¿lo estoy imaginando todo? No. Unos años después mi madre me confirmó que había intentado, efectivamente, llevar a cabo aquel plan de exterminio.

¿Qué haces con un niño de seis años que ha tratado de matar a su hermana recién nacida? ¿Se me infligió un castigo? Creo que mi padre amenazó con azotarme, con qué, no tengo idea, pero de todas maneras dudo de que lo hiciera.

Parece ser que cometí otros actos de rebeldía o agresividad por aquellas calendas. La criada de mi tía Gladys White, hermana de mi padre y vecina nuestra, me aseguró un día que yo era el peor niño de la calle. Me dolió. ¿Qué había hecho para merecer tan mala opinión de la gente, con la excepción de mi frustrado designio de acabar con la competencia injusta que suponía la irrupción en mi vida de mi hermana?